

Del hábitat o de la espacialidad de la vida humana. Un aporte a la conceptualización del Hábitat desde las problematizaciones políticas del Espacio*

Sandra Cardona**

"La interioridad no es más que la más mínima expresión del exterior"

José Luis Pardo

Resumen

Lo que se pretende abordar en este artículo es, como ya advertía José Luis Pardo en su libro *Las formas de la exterioridad* (1992), el carácter fundamental del espacio en la construcción de la vida social y humana estuvo altamente subestimado por la filosofía moderna durante largo tiempo. Esta, la filosofía moderna, elevó el estatuto del tiempo a su máxima expresión: como el único horizonte de manifestación y comprensión del ser; por tanto, el espacio era reducido a las explicaciones contenidas en "lo dado". Así, la modernidad estará asociada de forma explícita a estos dos rasgos, una dialéctica de lo "real" que dividía el funcionamiento de lo temporal y de lo espacial en procesos disociados. La diferencia entre *res cogitans*, el tiempo o el fundamento del espíritu humano, y *res extensa*, el espacio en tanto "abstracción geométrico-mecánica desprovista de todas las cualidades de la percepción sensible, desnuda de toda facticidad y alejada de la riqueza de las significaciones" (Pardo, 1992, pp. 22), es constitutiva en la comprensión de la vida humana, por lo menos hasta la primera mitad del siglo XX.

* Artículo recibido el 2 de septiembre de 2013 y aprobado el 4 de noviembre de 2013.

**Historiadora, Candidata a Magister en Hábitat, Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional de Colombia sede Medellín

Palabras clave: Hábitat, Políticas espaciales, modernidad.

Abstract

The aim to address in this article is, as José Luis Pardo warned in his book *externality forms* (1992), the fundamental nature of space in building social and human life was highly underestimated by modern philosophy for a long time . This, modern philosophy , raised the status of the weather at its best : as the only manifestation horizon and understanding of being , therefore , the space was reduced to the explanations in " the given" . Thus, modernity is explicitly associated to these two features , a dialectic of the "real " that divided the operation of the temporal and spatial than unlinked processes . The difference between *res cogitans*, the time or the foundation of the human spirit , and *res extensa* , the space as " geometric - mechanical abstraction devoid of all qualities of sense perception , stripped of all actuality and away from the wealth of meanings " (Brown , 1992 , p . 22) , is constitutive in the understanding of human life , at least until the first half of the twentieth century .

Key words: Habitat, spatial policies , modernity.

I.

Cuando, gracias a la historia, se comprendió que la modernidad propiamente dicha era en parte el resultado de grandes transformaciones espaciales operadas desde el Renacimiento, cuando la física teórica y experimental obtuvo nuevas adquisiciones¹ y cuando nuevas tecnologías políticas² comenzaron a encontrar en el espacio el mejor medio para ejercer el poder, la filosofía quedó desprovista de su viejo derecho de hablar del mundo, el cosmos y el espacio y, así, quedó circunscrita al orden de lo temporal en favor de una descalificación correlativa del espacio. Aunque, por una parte, muchos de estos cambios operaron en el siglo XIX y, por otra, una gran cantidad de

1. Los desarrollos de la Física en óptica, termodinámica, electromagnetismo y estructura atómica en los siglos XVIII y XIX abren campos de acción para la comprensión del espacio; así, a partir de entonces, el espacio en tanto soporte material de los objetos y los movimientos.

2. Mecanismos de espacialización del poder a través de las instituciones modernas: la prisión, la escuela, la familia, el ejército, el hospital; mecanismos para el confinamiento del cuerpo en unos espacios determinados, en los cuales se organizaba el tiempo y las prácticas, ejerciendo sobre los cuerpos controles y regulaciones que permitían una homogenización útil.

procesos y fenómenos espaciales³ se produjeron en este mismo siglo -cosas que parecían hacer explícito la fuerza que tenía el espacio en la producción de la vida social y humana- la comprensión del espacio no varía sustancialmente respecto a la filosofía -como mero receptáculo cargado de objetos. No obstante, dos transformaciones, en los horizontes disciplinares de las Ciencias Sociales y Humanas y en las formas de ordenamiento urbano, gestadas a partir de la segunda mitad del siglo XX, evidenciaron las ambivalencias en las concepciones históricamente construidas y aceptadas sobre el espacio y la vida humana.

Por una parte, el declive de la univocidad en las Ciencias Sociales y Humanas y, por tanto, la explosión de nuevos y heterogéneos objetos de saber en estas áreas estuvo asociado al agotamiento de los postulados marxistas de la historia y la sociedad. Por otra, a partir de la difusión de distintas nociones sobre el mundo urbano, que distaban mucho de las instauradas por el Movimiento Moderno, la ciudad comenzó a ser entendida y valorada como un "campo de aplicación de fuerzas diversas" y, con ello, la relación con las espacialidades urbanas se modificó significativamente. Es en este contexto -en el de de la reestructuración de las Ciencias Sociales, que tuvo como consecuencia la "explosión" de las fronteras disciplinares, y en de la emergencia de nuevas formas de comprensión y, por tanto, de producción del espacio urbano- en el que las consideraciones sobre la importancia del espacio comienzan a cambiar. Gracias a la reincorporación de la obra de historiadores, sociólogos, antropólogos y filósofos⁴ que trabajaron problemas espaciales, tanto la filosofía como el urbanismo pueden discernir la "verdadera" magnitud del espacio y su carácter fundamental en la producción de condiciones de vida humana y social. Se multiplican las formas de pensar las estructuras mentales, culturales, sociales, políticas y económicas de la modernidad a través del espacio; por tanto: el poder, la economía y la sociedad se espacializan. Son oportunas y claras las palabras de Michel Foucault: "podría escribirse una toda una "historia de los espacios" -que sería al mismo tiempo una "historia de los poderes"- que comprendería desde las grandes estrategias de la geopolítica hasta

3 La Revolución Industrial y, más aún, la industrialización urbana supuso más que el crecimiento de las ciudades una recomposición expansiva de la población urbana y de la urbanización.

4. Marc Bloch (*Los caracteres originales de la historia rural francesa*, 1931), Lucien Febvre (*La tierra y la evolución humana*, 1922), Georges Duby (*La época de las catedrales*, 1976), Fernand Braudel (*El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, 1949), Georg Simmel (*La metrópolis y la vida mental*, 1902), Max Weber (*La ciudad*), Erving Goffman, Claude Lévi-Strauss y Henri Lefebvre.

las *pequeñas tácticas del hábitat*, de la arquitectura institucional, de la sala de clase o de la organización hospitalaria, pasando por las implantaciones económico-políticas" (*El ojo del poder*, entrevista de Jean- Pierre Barou a Michel Foucault, 1980, pp. 4); con esto entendemos hasta que punto el espacio se vuelve fundamental para la comprensión de los sujetos y las sociedades modernas. De esta forma, el espacio se convierte en la condición de posibilidad de todos los códigos, esquemas y estructuras de una cultura.

Ahora bien, lo que se pretende en este escrito es, en primer lugar, evidenciar cómo desde las preocupaciones espaciales de la filosofía se puede problematizar la noción de Hábitat y, en segundo lugar, brindar un aporte a su conceptualización. De esta forma, las teorías en las que se apoya el presente artículo reflejan el interés y el énfasis interdisciplinar en todos los aspectos de aquello que puede ser descrito como las relaciones transdiscursivas entre espacio y vida. Se hace necesario entonces afirmarlo de entrada: el Hábitat será aquí significado como "la espacialidad de la vida humana". Una espacialidad que no supone una unidireccionalidad –los espacios producidos– sino que se enmarca en una vía doble, los espacios en tanto producidos y en tanto productores. Así, la conciencia del hombre como un ser intrínsecamente espacial y continuamente comprometido en la actividad colectiva de producir espacialidades, territorialidades y hábitats moviliza y dinamiza todo el marco referencial de lo que constituye la noción de Hábitat.

Dicho proceso de producción de hábitats o de creación de geografías sensibles comienza con el cuerpo, con la construcción y performance del ser, del sujeto como una entidad particularmente espacial, participe de una relación compleja con su entorno. Por una lado, y siguiendo a José Luis Pardo, nuestras acciones y pensamientos moldean los espacios que nos rodean, pero al mismo tiempo los espacios y lugares producidos socialmente modelan nuestras acciones y pensamientos. Por otra parte, ese performance como seres espaciales tiene lugar a diversas escalas, desde nuestra geografía más cercana –el cuerpo– hasta unas geografías más distantes que abarca desde dormitorios y edificios, casas y entornos, hasta ciudades y regiones, Estados y naciones y, en última instancia –la geografía más lejana– toda la tierra. De esta propuesta conceptual, del hábitat en términos de escalas, emerge una primera crítica: a la asociación exclusiva del hábitat a la vivienda y lo doméstico. Pues a pesar de la existencia de una cierta fragilidad de las distancias exteriores al cuerpo y, a lo sumo, a

lo doméstico, en lo que se refiere a la capacidad de incidir individualmente y de ser influidos por esas otras espacialidades, cada uno de estos espacios también deben tener el reconocimiento como productos de la acción y la intensión humana. De esta forma el hábitat permea todas las escalas, socialmente construidas, de la espacialidad de la vida humana, desde lo local a lo global, no sólo de forma manifiesta e intencionada sino a través de las tensiones intrínsecas pero constitutivas de las realidades sociales.

II.

Aunque esta definición del hábitat para muchos pueda parecer bastante obvia, hasta hace relativamente poco tiempo era poco considerada. Existe, por ejemplo, una abundante literatura acerca del hábitat en relación a la vivienda y los asentamientos humanos, y acerca de ciertos momentos claves donde la producción y construcción popular de espacios residenciales y barriales se convirtieron en el centro de atención de la rigurosa academia. De hecho, los campos de la arquitectura y el urbanismo han estado sumamente subespacializados, siendo la espacialidad de la vida humana considerada en estos campos como mero complemento o el resultado de algunos procesos sociales populares que no son intrínsecamente espaciales en sí mismos, es decir, otorgando a la espacialidad un poder explicativo escaso.

En este marco, en el de la escalabilidad del hábitat o de las geografías sensibles, se hace necesaria una reflexión sobre el presente; lo que implicaría, por ende, un entendimiento de las estructuras y las lógicas constitutivas del hábitat contemporáneo como procesos determinantes de la existencia humana, individual y colectiva. Tomando ahora como base la propuesta de Henri Lefebvre, en donde la vida humana no puede desligarse de las apropiaciones espaciales y en donde todos los procesos sociales permanecen abstractos e infundados hasta no ser expresamente espacializados, el hábitat es manifiestamente un espacio humano, socialmente construido, continuamente apropiado, significado y resignificado, practicado e indiscutiblemente productor de sujetos y sociabilidades. Así, la caracterización del hábitat como la espacialidad de la vida humana, a través de la propuesta de Lefebvre, conlleva, indiscutiblemente, a la interrelación entre espacialidad y sociabilidad, o aquello que fue señalado por Edward Soja como la dialéctica socio-espacial (Soja, 1980). Dicha dialéctica implica el entendimiento de que aquello que es descrito dentro del campo de lo

social es siempre, y al mismo tiempo, intrínsecamente espacial; está formula, aunque aparentemente simple, esta comúnmente supeditada a la ecuación inversa, donde todo lo espacial es simultáneamente social. Esta espacialidad inherente, contingente y complejamente constitutiva no sólo de la vida social sino de la historia es en lo que más se debe enfatizar dentro de las teorías del hábitat. De acuerdo con esto, sería imposible hablar de hábitat -en cualquiera de sus escalas- sin referirnos al espacio, y más propiamente a lo que he venido llamando "la espacialidad de la vida humana".

Es justamente en esa diferenciación hecha en torno a estas dos formas de comprender el espacio que se encuba la problemática del entendimiento, la producción y el gobierno del hábitat; puesto que la dimensión del segundo espacio es, precisamente, aquella que más frecuentemente ha sido dejada de lado o soslayada. No obstante, sería inexacto eliminar de tajo la importancia del primer espacio en la configuración del hábitat; ya que si aceptamos que el hábitat hace referencia a las configuraciones específicas de las relaciones sociales, de las formas de construcción y de la actividad humana en el mundo, debemos admitir que éste presenta tanto aspectos formales o morfológicos como procesuales o dinámicos. Así, el hábitat, en su carácter de forma materializada, puede ser descrito en términos de cualidades relativamente fijas de un entorno construido, expresado en estructuras físicas y también en los patrones de uso de la tierra plausibles de ser cartografiados. En tanto proceso socio-espacial involucra aún más cualidades dinámicas que se derivan de su papel en la conformación de la vida humana y en la construcción social de los espacios, una contextualización y una espacialización de la vida social en su sentido más amplio, planeada e imbuida de intencionalidad política. De este modo, en tanto forma y proceso, el hábitat es sinónimo de aquello que, reitero, podemos denominar la espacialidad de la vida humana, en cualquiera de sus escalas, en constante transformación histórica.

Como ya había sido enunciado, la espacialidad humana y social del hábitat ha sido frecuentemente relegada a un segundo plano; y aun cuando constituye el centro de muchas investigaciones contemporáneas este ha tendido a ser considerado principalmente como un entorno construido arquitectónicamente, un envase físico para actividades humanas, modelado y remodelado, una y otra vez, con el paso del tiempo. Siguiendo esta tendencia, podemos decir que el hábitat ha sido considerado desde muchos enfoques como fijo, muerto, social y políticamente inútil, poco más que un decorado para los procesos sociales e históricos, pero que no son en sí mismo trabajados

como fenómenos inherentemente espaciales. En síntesis, el hábitat, en tanto espacialidades, ha sido típicamente entendido como un producto, más no como un productor.

Vacío conceptual que, en buena medida, puede ser llenado cuando es articulado, como se ha venido haciendo, con las preocupaciones filosóficas de José Luis Pardo y Henri Lefebvre; preocupaciones éstas que derivan en la comprensión del espacio y su relación con la vida humana. Así, en el caso de Pardo, lo primero que es esbozado, en su texto "las formas de la exterioridad", es dicha relación; de forma que, según la tesis de Pardo, en cualquier cuestión referida a la vida individual y social el espacio nunca permanece omitido, puesto que "vivimos (en) el espacio". No se trata, por ende, de que la vida social humana ocupe un espacio, sino que "el espacio, los espacios, desde el principio y de antemano nos ocupan" (Pardo, 1992, pp. 16). Las precisiones conceptuales sobre el *espacio objetivo* y el *espacio subjetivo* evidencian la tensión constitutiva del pensamiento histórico del espacio; mientras el primero hace referencia al espacio como receptáculo neutro lleno de objetos, el segundo se presenta como más inmediato y cercano, pues está asociado al espacio que habitamos. "Este *espacio subjetivo*, pensamos, sólo existe *para nosotros*, es decir, como correlato de nuestras vivencias, no es objetivo pues no está lleno de objetos sino de significaciones, las que nosotros otorgamos a las cosas y enseres que lo pueblan al nombrarlos y percibirlos, está siempre lleno de sentido, de perspectivas, de escorzos, puntos de vista, proximidades, distancias, lejanías y relaciones (inanalizables y sin cuantificabilidad exacta posible) que sólo para nuestra conciencia tienen sentido y que no serían mensurables en términos físico-(geo)- métricos" (Pardo, 1992, pp. 20). En cuanto a este último espacio podríamos decir que, si bien es subjetivo, lo es en tanto está imbricado con una historicidad cultural, social y política.

III.

En Lefebvre, a través de la propuesta teórica de los tres espacios⁵ y, por tanto, de la preeminencia del tercer espacio -el espacio vivido-, la necesidad de caracterizar "la producción (social) del espacio (social)" abre un universo interpretativo mucho más amplio y complejo a cualquier investigación sobre las espacialidades humanas. Al ser, de este modo, el espacio vivido "la representación del espacio (humano) y el espacio vivido de las representaciones (humanas)" la cuestión del hábitat cobra otro sentido: el de las vivencias, las prácticas, los hábitos y las apropiaciones de las colectividades y los individuos; el problema del espacio se convierte así en una preocupación no sólo por las formas sino por los funcionamientos, las prácticas y las repercusiones que éste tiene en la vida social. De este modo, dimensiones diferentes a los espacios de concreto abren al entendimiento y a la comprensión del hábitat, en este caso, dimensiones relacionadas con las tácticas de territorialidad, sociabilidad y textualidad de la vida cotidiana.

En este punto, también la teoría de Michel de Certeau sobre los procedimientos de la creatividad cotidiana es fundamental. La implementación de la noción de *prácticas de espacio* parte de la perspectiva propuesta por Michel de Certeau en su texto *La invención de lo cotidiano*, en el cual expone cómo los hábitats son producidos a través de las apropiaciones espaciales de sus practicantes ordinarios. Lo ordinario de las prácticas de espacio, y de sus practicantes, está vinculado a un conocimiento ciego, a

5. En dicha propuesta teórica, Lefebvre caracteriza tres momentos en *la producción del espacio*, momentos que asocia así mismo con espacios: el primer espacio -el espacio percibido- es el espacio materializado, de formas concretas y materialidades físicas y empíricamente observadas; así, el espacio puede ser estudiado como un complejo de prácticas espaciales materializadas, que trabajan en forma conjunta para producir y reproducir las formas concretas y los patrones específicos del urbanismo. El segundo espacio -el espacio concebido-, por su parte, es el espacio imaginado, utópico, representado; es un espacio inmaterializado que puede sólo estar en nuestro pensamiento, en nuestras voluntades y esperanzas, pero que innegablemente afecta nuestras experiencias y conductas espaciales; bajo esta caracterización, el espacio se vuelve un campo más mental o ideal, conceptualizado en imágenes, pensamientos reflexivos y representaciones simbólicas, es un espacio concebido por la imaginación, cultural y socialmente imbricado en su constitución mental. Finalmente, el tercer espacio -el espacio vivido- es el espacio que involucra los dos anteriores como constituyentes de una existencia compleja, se expresa como un lugar simultáneamente real e imaginario, actual y virtual, lugar de experiencias y agencias estructuradas, individuales y colectivas; es, por tanto, el tiempo vivido y espacio sentido de la experiencia humana. Lefebvre, H. (1974). *La production de l'espace*. París: Anthropos.

unas simbologías inconscientes que producen formas diferenciadas de vivir el hábitat, que se cruzan componiendo una historia múltiple, formada de fragmentos espaciales y de sus alteraciones. Así, dichas prácticas desdibujan los espacios convencionales y "geométricos" del poder; remiten, por tanto, a una forma específica de operaciones, a espacialidades otras, "y a una esfera de influencia *opaca y ciega* del mundo habitado" (Certeau, 2000: 105). Parafraseando al mismo Certeau, el hábitat trashumante y metafórico de los funcionamientos plurales de la vida humana y de las prácticas de espacio que continuamente lo producen, se insinúa así en los espacios construidos de frío concreto; estas insinuaciones en los espacios controlados suponen unas tácticas y prácticas "ilegibles" estables, que constituyen tanto creaciones espaciales subrepticias como regulaciones cotidianas. Por tanto, "las prácticas de espacio tejen en efecto las condiciones determinantes de la vida social" (Certeau, 2000: 108).

Con todo, pensar el hábitat significa comprenderlo desde una perspectiva múltiple, que contenga sus implicaciones como concepción, como práctica y como representación. Y abordarlo a través de un pensamiento filosófico implica expandir sus horizontes de significación, que permitan la extracción de lo abstracto para ponerlo a funcionar en la "realidad" y, al mismo tiempo, a operar como productor de ésta. Así mismo se hace necesario considerar las apropiaciones, usos y resignificaciones históricas y particulares del hábitat, en tanto es la espacialidad humana la que consagra y asegura subjetividades, territorialidades y sociabilidades. Por tanto, pensar en el hábitat como algo propiamente humano y que, como tal, nos define como seres constantemente comprometidos en la producción de espacios, es no sólo arrebatarse el concepto a la ecología sino refinar la definición del hombre; pues ésta se la ha asociado históricamente con la posesión, casi exclusiva, de técnica y lenguaje articulado. Lo que aquí se agrega, a esta definición clásica, es tanto la capacidad del hombre de habitar, producir y transformar espacios como la susceptibilidad del hombre de ser habitado, producido y transformado por los espacios.

Bibliografía

Certeau, M. de. (1996). *La invención de lo cotidiano. 1 Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana.

_____ (1996). *La invención de lo cotidiano. 2 Habitar, cocinar*. México: Universidad Iberoamericana.

Foucault, M. (1980). "El ojo del poder". Entrevista de Jean-Pierre Barou a Foucault. En: Bentham, J. *El panóptico*. Barcelona: La Piqueta.

Lefebvre, H. (1974). *La production de l'espace*. París: Anthropos.

Pardo, J. L. (1991). *Sobre los espacios pintar, escribir, pensar*. Barcelona: Del Serbal.

_____ (1992). *Las formas de la exterioridad*. Valencia: Pretextos.

Soja, E. (2008). *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Madrid: Traficante de sueños.